

Cómo y por qué mueren las minorías en la democracia moderna?

Jacobo Schifter

FELAFACS

Encuentro Regional Centroamericano

El Salvador, 14 de Julio del 2005

La democracia depende más de la modernidad que la última de la primera. Sabemos que la modernidad puede ir acompañada del autoritarismo y del totalitarismo y que las naciones más modernas han sido capaces de convertirse en las más crueles y genocidas. La democracia premoderna no podía existir sin excluir a las grandes masas porque no tenía los recursos para capacitarlas y educarlas para su participación. Sabemos que han existido democracias en la Antigüedad y en la premodernidad: Grecia tuvo su período democrático hace más de 2000 años, aunque el 70% de su población estuvo excluida de la participación. Lo mismo podríamos decir de la democracia esclavista en el Sur de los Estados Unidos o de las democracias europeas del siglo pasado, que excluían de participación a las mujeres, los negros y a las clases obreras.

Uno de los pilares de la democracia es que se basa en el pensamiento racional y científico. Este nos ayuda a escoger las mejores alternativas. Sin racionalismo no puede haber democracia porque los sistemas basados en ideas religiosas, mágicas, fanáticas, van de la mano con el autoritarismo. La democracia contemporánea puede darse el lujo de permitir la participación de las mayorías porque en la modernidad, existen los recursos que hacen posible su participación: educación universal, eliminación de la pobreza extrema, las plagas y del hambre, circulación de información de las ideas por medio de medios de comunicación masiva y transporte y circulación de personas, entre muchas otras.

Para la democracia moderna, la participación es esencial. Y para participar se necesitan los cuerpos de las personas: visibles, accesibles, cercanos, reconocibles, contables, ubicables y predecibles. No se podría aspirar a una verdadera democracia sin que los ciudadanos se hagan presentes y que sus cuerpos tengan el derecho de ejercer libre tránsito y de mostrarse de igual manera. Y en los lugares en que la democracia es ausente, los cuerpos de los ciudadanos están tapados, restringidos y prohibidos. En los países musulmanes radicales de hoy día, la ausencia de democracia se hace visible con la invisibilidad de los rostros de las mujeres, prohibidas de participar en la política y de mostrar sus cuerpos en público. En la Europa premoderna, los grupos excluidos de la participación política estaban también escondidos: a los judíos, por ejemplo, el “otro” permanente de la cultura europea, no solo se les privaba de sus derechos políticos y cívicos, sino que también se les prohibía mostrar sus cuerpos en los lugares reservados para los cristianos y eran obligados a vivir en guetos, sino que también se les prohibía vestir como ellos. A las mujeres, obviamente también se les prohibía vestir como hombres y a los pobres vestir como ricos. Juana de Arco fue ejecutada porque usaba ropa de hombre.

La democracia nos dice que para lograr la plena participación de todos, es importante que los cuerpos se hagan presentes. No podemos defender y luchar por nuestros derechos sin

nuestros cuerpos y la única manera en que cualquier grupo marginal pueda hacerlo es, primeramente, haciéndose visible, organizándose y articulándose.

Pero es esto verdad? Yo creo que no. Para las minorías sexuales, la democracia y la modernidad no han logrado su liberación. Aunque han sido convencidas de que para pelear por sus derechos deben manifestarse y hacerse presente, la realidad ha sido muy distinta. Se nos hace creer que por medio de la organización, los derechos humanos se fortalecen. Algunos ilusos aducen que los homosexuales, por ejemplo, han logrado avances tan importantes como el matrimonio gay, hoy aceptado por unos cuatro países entre 190 y la protección contra la discriminación, también incorporada en una docena de legislaciones en el mundo. En cuanto a las mujeres, para dar otro ejemplo, se nos dice que la violencia doméstica, por ejemplo, solo se podrá detener por medio de la organización de las mujeres y sus luchas de reivindicación, que han logrado que por primera vez se reconozca que es un delito y que el Estado tiene la obligación de frenarla. Para dar otro ejemplo, las prostitutas también han caído en la trampa de creer que solo por medio de su organización y su articulación como grupo, lograrán que se les reconozca sus derechos como trabajadoras del sexo y se les deje de perseguir como una plaga.

Como historiador, quiero darle tres ejemplos de cómo esto no es cierto. Es mi creencia que tanto los homosexuales, como las prostitutas, como las mujeres que sufren violencia por ser mujeres, han visto sus vidas amenazadas, controladas, manipuladas y encasilladas gracias a la democracia moderna.

Michelle Foucault, el filósofo-psicólogo e historiador de la sexualidad, fue el primero en decirnos que antes de la modernidad, no existían los homosexuales. Habían prácticas homosexuales, pero no personalidades homosexuales. Es más, antes de 1867, ni siquiera existía la palabra. Las prácticas homosexuales se les llamaba sodomía y esta era algo muy diferente del concepto moderno de homosexualidad. La sodomía era la penetración activa sexual con hombre, mujer, niños u animales. No se guiaba por el género de con quien se practicara y además, se creía que era una práctica en que cualquiera podía incurrir. El castigo era severo: pero eran muy pocos los condenados. Este, usualmente la muerte, se reservaba para unos cuantos que eran mostrados como ejemplos para que la mayoría de la población no fuera tentada a practicar la sodomía. Con la modernidad y la democracia, los homosexuales creyeron que la ciencia los salvaría y que de su mano, lograrían el respeto a sus derechos como minoría. Pero sucedió lo contrario: la ciencia los convirtió en una minoría sexual, con una historia distinta, una patología que debía ser curada y vigilada en el resto de la población. Pronto los homosexuales vieron sus vidas encasilladas, manipuladas y amenazadas con torturas que iban desde la lobotomía hasta la castración. Entre más se discutió científicamente sobre la homosexualidad, más se reconocía a sus practicantes y más se les castigaba. Cientos de miles, en lugar de unos cuantos como durante la premodernidad, pasaron por hospitales o cárceles. Cuanto más se abrían los medios de comunicación al tema, más se distorsionaba la imagen y más se reprimía al resto de la población. Hace unos años, dos hombres masculinos o dos mujeres que compartían una habitación en un hotel, por ejemplo, era de lo más común. Nadie sospechaba que podían ser homosexuales porque el público no había visto jamás la posibilidad de que así fuera. Hoy día, por el contrario, todos hemos aprendido a sospechar de cualquier pareja porque estamos “mejor informados” sobre la homosexualidad. Cuando Rock Hudson declaró que

tenía sida, todos fuimos sorprendidos. Ahora, todo hombre es un posible sospechoso y esto no nos ha beneficiado. Los hombres heterosexuales se han hecho más machos con el fin de diferenciarse de los homosexuales, lo que ha aumentado la violencia. Los hombres machos se han tornado en seres más solos porque antes podían tener amistades apasionadas con otros hombres sin que se les tachara de homosexuales. Lo mismo ha sucedido con las mujeres que tienen que luchar por no ser tildadas de lesbianas cuando defienden sus derechos, algo que no sufrieron en la misma medida, las primeras feministas norteamericanas u europeas.

A las trabajadoras del sexo les ha sucedido lo mismo. Se les hace creer que la situación de la democracia moderna es mejor que lo que existía antes cuando se les obligaba a vivir en burdeles y eran registradas como meretrices. En algunos países hoy día, como el caso de Costa Rica, la prostitución es legal y las mujeres la pueden ejercer en lugares como hoteles, casinos, night-clubs o en la misma calle. Sin embargo, cuando estudiamos la historia de la prostitución en nuestros países, encontramos una realidad muy distinta. A principios de siglo, por ejemplo, en la ciudad de San José, las mujeres que ejercían la prostitución debían registrarse como tales en la Municipalidad correspondiente y además, se les exigía pagar una cuota para desinscribirse como prostitutas. Muchas de ellas pagaban este impuesto cuando optaban por casarse. Aunque en principio parecería “menos democrático” que uno tuviera que pagar una cuota a la Municipalidad para dejar de ejercer la prostitución, la realidad era muy distinta. Las mujeres pagaban la cuota porque en la sociedad premoderna la prostitución era más una práctica que una personalidad. Cualquiera podía ejercerla y cualquiera podía dejar de ejercerla. El hecho que las meretrices pagaran su desinscripción significaba que podían casarse. Esto es muy distinto a la realidad moderna: las prostitutas se han convertido, como los homosexuales, en personalidades con historias psicológicas particulares, bichos raros en la población, que son perseguidas hasta la tumba por su “pasado”. Por más que se organicen y se nos muestren en las calles, la realidad es que con esto solo aumentarán su persecución. Menos prostitutas se casan hoy día en la ciudad de San José de las que lo hacían en 1920.

El último ejemplo tiene que ver con las mujeres, la minoría-mayoría de nuestras poblaciones. A las mujeres se les ha dicho también que su liberación depende de su organización y politización y que estas han ganado derechos que sus contrapartes en el siglo pasado no gozaban. Aunque existe mucho de verdad en esta promesa, también es cierto que en ciertos campos las cosas, en la democracia moderna, están mucho peor. Veamos un caso en el que los medios de comunicación nos tratan de convencer de que ha habido mejoras: la violencia doméstica. El hecho que los hombres han usado desde tiempos inmemorables la violencia física contra las mujeres nadie discute. Sin embargo, se nos dice que en la sociedad democrática, las mujeres han logrado hablar del asunto, organizarse y cambiar las leyes para que el Estado reconozca su derecho a vivir sin violencia. En mi país, la violencia doméstica es ahora un delito castigado con prisión y ha habido todo un cambio en el Poder Judicial y la Policía para alejar y poner en prisión a los hombres violentos. Sin embargo, cada año mueren decenas de mujeres asesinadas por sus parejas. Es más, el número aumenta vertiginosamente. Es esto mejor que el siglo XIX? Unos dirán que sí, que es simplemente una falla de los recursos del Estado para hacer cumplir las leyes, pero que la realidad es mucho mejor ahora que se habla y se legisla sobre el asunto. Pero si echamos un vistazo a la historia pasada, nos damos cuenta que las sociedades premodernas

también tenían mecanismos para luchar contra la violencia doméstica: la intervención familiar. En el siglo XIX, en Italia, por ejemplo, los hombres violentos eran acusados ante las cabecillas de las familias extendidas y estos con su gran control de la economía y la sociedad, castigaban a los infractores. Tanto era su poder que ningún hombre podía sobrevivir sin los favores del padre de familia. De ahí que su intervención era generalmente productiva. Hoy día, por el contrario, la familia se ha retirado y dejado este asunto en manos del Estado, el cual es incapaz de proteger a las mujeres. Tendremos más leyes y conocimiento del problema, y también tenemos más mujeres muertas. La comunidad no interviene en lo que es ahora un asunto legal y estatal: en los barrios de nuestras ciudades, cuando una mujer grita se llama al 911 para que cuando llegue la policía, esta esté posiblemente muerta.

Las minorías sexuales, religiosas o sociales han tratado históricamente de protegerse por medio de la invisibilidad: no llamar la atención, evitar ser vistos, trabajar detrás de las bambalinas, como se dice. La democracia moderna demanda lo contrario: mostrar el cuerpo, hacerse ver y organizarse. Sin embargo, las consecuencias de esto pueden ser, como hemos visto, fatales.